

MANJAR SABÁTICO

Para el sábado 12/02/2022

Seamos todos bendecidos en ÉL.

Biblia:

Jeremías 4

EGW:

Deseado de Todas las Gentes (DTG), capítulo 61: "Zaqueo".

Testimonios:

09-11-2017

19-12-2018

14-07-2019

03-08-2019

15-09-2019 #2

Himnario Antiguo:

Himno N° 90: "Hubo Uno que quiso".

Himno N° 402: "Hoy me llama el mundo en vano".

BIBLIA (versión Reina Valera Gómez 2010)

Jeremías 4

1 Si te has de convertir, oh Israel, dice Jehová, conviértete a mí; y si quitares de delante de mí tus abominaciones, no andarás de acá para allá. 2 Y jurarás, diciendo: Vive Jehová, en verdad, en juicio y en justicia; y las naciones se bendecirán en ÉL, y en ÉL se gloriarán. 3 Porque así dice Jehová a todo varón de Judá y de Jerusalén: Haced barbecho para vosotros, y no sembréis entre espinos. 4 Circuncidaos para Jehová, y quitad los prepucios de vuestro corazón, varones de Judá y moradores de Jerusalén; no sea que mi ira salga como fuego, y se encienda y no haya quien [la] apague, por la maldad de vuestras obras. 5 Anunciad en Judá, y publicad en Jerusalén, y decid: Tocad trompeta en la tierra. Pregonad, juntaos, y decid: Reuníos, y entremos en las ciudades fortificadas. 6 Alzad bandera en Sión, juntaos, no os detengáis; porque yo hago venir mal del norte, y destrucción grande. 7 El león sube de su guarida, y el destructor de los gentiles viene en camino; ha salido de su lugar para tornar tu tierra en desolación; tus ciudades quedarán en ruinas, y sin morador. 8 Por esto vestíos de cilicio, endechad y aullad; porque la ira de Jehová no se ha apartado de nosotros. 9 Y será en aquel día, dice Jehová, que desfallecerá el corazón del rey, y el corazón de los príncipes, y los sacerdotes estarán atónitos, y se maravillarán los profetas. 10 Y dije: ¡Ay, ay, Jehová Dios! verdaderamente en gran manera has engañado a este pueblo y a Jerusalén, diciendo: Paz

tendréis; pues la espada ha venido hasta el alma. 11 En aquel tiempo se dirá de este pueblo y de Jerusalén: Viento seco de las alturas del desierto vino a la hija de mi pueblo, no para aventar, ni para limpiar. 12 Viento más vehemente que éste vendrá a mí; y ahora yo pronunciaré juicios contra ellos. 13 He aquí que subirá como nube, y su carro como torbellino; sus caballos son más ligeros que las águilas. ¡Ay de nosotros, porque hemos sido saqueados! 14 Lava tu corazón de maldad, oh Jerusalén, para que seas salva. ¿Hasta cuándo permanecerán en medio de ti los pensamientos de iniquidad? 15 Porque una voz proclama desde Dan, y anuncia calamidad desde el monte de Efraín. 16 Decid a las naciones; he aquí, haced oír sobre Jerusalén: Guardas vienen de tierra lejana, y darán su voz sobre las ciudades de Judá. 17 Como guardas de campo, estuvieron contra ella en derredor, porque se rebeló contra mí, dice Jehová. 18 Tu camino y tus obras te hicieron esto, ésta [es] tu maldad; por lo cual amargura penetrará hasta tu corazón. 19 ¡Mis entrañas, mis entrañas! Me duelen las fibras de mi corazón; mi corazón se agita dentro de mí; no callaré; porque voz de trompeta has oído, oh alma mía, pregón de guerra. 20 Destrucción tras destrucción es anunciada; porque toda la tierra es devastada; de repente son destruidas mis tiendas, en un momento mis cortinas. 21 ¿Hasta cuándo he de ver bandera [y] he de oír sonido de trompeta? 22 Porque mi pueblo es necio; no me han conocido, [son] hijos ignorantes y sin entendimiento; [son] sabios para mal hacer, pero hacer el bien no lo saben. 23 Miré la tierra, y he aquí que [estaba] desordenada y vacía; y los cielos, y no había en ellos luz. 24 Miré los montes, y he aquí que temblaban, y todos los collados fueron destruidos. 25 Miré, y no [había] hombre alguno, y todas las aves del cielo se habían ido. 26 Miré, y he aquí la tierra fértil [era] un desierto, y todas sus ciudades estaban asoladas a la presencia de Jehová, delante del furor de su ira. 27 Porque así dice Jehová: Toda la tierra será asolada; mas no haré consumación. 28 Por esto se enlutará la tierra, y los cielos arriba se oscurecerán, porque hablé, [lo] determiné, y no me arrepentiré, ni me retraeré de ello. 29 Por el estruendo de la gente de a caballo y de los arqueros huirá toda la ciudad; entrarán en las espesuras de los bosques y subirán a los peñascos; todas las ciudades serán abandonadas, y no quedará en ellas morador alguno. 30 Y tú, desolada, ¿qué harás? Aunque te vistas de grana, aunque te adornes con atavíos de oro, aunque pintes con antimonio tus ojos, en vano te engalanas; te menospreciaron tus amantes, buscarán tu vida. 31 Porque oí una voz como de mujer que está de parto, angustia como de primeriza; voz de la hija de Sión que lamenta y extiende sus manos, [diciendo]: ¡Ay ahora de mí! que mi alma desmaya a causa de los asesinos.

EGW

Deseado de Todas las Gentes

Capítulo 61: Zaqueo

Este capítulo está basado en Lucas 19:1-10.

En camino a Jerusalén, “habiendo entrado Jesús, iba pasando por Jericó.” A pocas millas del Jordán, en la orilla occidental del valle que se extiende allí formando una llanura, descansaba la ciudad en medio de una vegetación tropical, exuberante de

hermosura. Con sus palmeras y ricos jardines regados por manantiales, brillaba como una esmeralda en el marco de colinas de piedra caliza y desoladas barrancas que se interponían entre Jerusalén y la ciudad de la llanura. {DTG 506.1; DA.552.1}

Muchas caravanas en camino a la fiesta pasaban por Jericó. Su arribo era siempre una ocasión festiva, pero ahora un interés más profundo excitaba al pueblo. Se sabía que el Rabino galileo que poco antes había resucitado a Lázaro estaba en la multitud; y aunque abundaban los susurros acerca de las maquinaciones de los sacerdotes, las muchedumbres anhelaban rendirle homenaje. {DTG 506.2; DA.552.2}

Jericó era una de las ciudades apartadas antiguamente para los sacerdotes, y a la sazón un gran número de ellos residía allí. Pero la ciudad tenía también una población de un carácter muy distinto. Era un gran centro de tráfico, y había allí oficiales y soldados romanos, y extranjeros de diferentes regiones, a la vez que la recaudación de los derechos de aduana la convertía en la residencia de muchos publicanos. {DTG 506.3; DA.552.3}

“El principal de los publicanos,” Zaqueo, era judío, pero detestado por sus compatriotas. Su posición y fortuna eran el premio de una profesión que ellos aborrecían y a la cual consideraban como sinónimo de injusticia y extorsión. Sin embargo, el acaudalado funcionario de aduana no era del todo el endurecido hombre de mundo que parecía ser. Bajo su apariencia de mundanalidad y orgullo, había un corazón susceptible a las influencias divinas. Zaqueo había oído hablar de Jesús. Se habían divulgado extensamente las noticias referentes a uno que se había comportado con bondad y cortesía para con las clases proscritas. En este jefe de los publicanos se había despertado un anhelo de vivir una vida mejor. A poca distancia de Jericó, Juan el Bautista había predicado a orillas del Jordán, y Zaqueo había oído el llamamiento al arrepentimiento. La instrucción dada a los publicanos: “No exijáis más de lo que os está ordenado,” aunque exteriormente desatendida, había impresionado su mente. Conocía las Escrituras, y estaba convencido de que su práctica era incorrecta. Ahora, al oír las palabras que se decían venir del gran Maestro, sintió que era pecador a la vista de Dios. Sin embargo, lo que había oído tocante a Jesús encendía la esperanza en su corazón. El arrepentimiento, la reforma de la vida, eran posibles aun para él; ¿no había sido publicano uno de los más fieles discípulos del nuevo Maestro? Zaqueo comenzó inmediatamente a seguir la convicción que se había apoderado de él y a hacer restitución a quienes había perjudicado. {DTG 506.4; DA.552.4}

Ya había empezado a volver así sobre sus pasos, cuando se supo en Jericó que Jesús estaba entrando en la ciudad. Zaqueo resolvió verle. Comenzaba a comprender cuán amargos eran los frutos del pecado, y cuán difícil el camino del que procura volver de una conducta incorrecta. El ser mal entendido, el tropezar con la sospecha y

desconfianza en el esfuerzo de corregir sus errores, era difícil de soportar. El jefe de los publicanos anhelaba mirar el rostro de Aquel cuyas palabras habían hecho nacer la esperanza en su corazón. {DTG 507.1; DA.553.1}

Las calles estaban atestadas, y Zaqueo, que era de poca estatura, no iba a ver nada por encima de las cabezas del gentío. Nadie le daría lugar; así que, corriendo delante de la multitud hasta donde un frondoso sicómoro extendía sus ramas sobre el camino, el rico recaudador de impuestos trepó a un sitio entre las ramas desde donde podría examinar a la procesión que pasaba abajo. Mientras el gentío se aproximaba en su recorrido, Zaqueo escudriñaba con ojos anhelantes para distinguir la figura de Aquel a quien ansiaba ver. {DTG 507.2; DA.553.2}

Por encima del clamor de los sacerdotes y rabinos y las voces de bienvenida de la multitud, el inexpresado deseo del principal de los publicanos habló al corazón de Jesús. Repentinamente, bajo el sicómoro, un grupo se detuvo, la compañía que iba adelante y la que iba atrás hicieron alto, y miró arriba Uno cuya mirada parecía leer el alma. Casi dudando de sus sentidos, el hombre que estaba en el árbol oyó las palabras: “Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose en tu casa.” {DTG 507.3; DA.553.3}

La multitud hizo lugar y Zaqueo, caminando como en sueño, se dirigió hacia su casa. Pero los rabinos miraban con rostros ceñudos y murmuraron con descontento y desdén “que había entrado a posar con un hombre pecador.” {DTG 508.1; DA.554.1}

Zaqueo había sido abrumado, asombrado y reducido al silencio por el amor y la condescendencia de Cristo al rebajarse hasta él, tan indigno. Ahora expresaron sus labios el amor y la alabanza que tributaba a su recién hallado Maestro. Resolvió hacer públicos su confesión y su arrepentimiento. {DTG 508.2; DA.554.2}

En presencia de la multitud, “Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, lo vuelvo con el cuatro tanto. {DTG 508.3; DA.555.1}

“Y Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham.” {DTG 508.4; DA.555.2}

Cuando el joven y rico príncipe se había alejado de Jesús, los discípulos se habían maravillado de las palabras de su Maestro: “¿Cuán difícil es entrar en el reino de Dios, los que confían en las riquezas!” Ellos habían exclamado el uno al otro: “¿Y quién podrá salvarse?” Ahora tenían una demostración de la veracidad de las palabras de Cristo: “Lo

que es imposible para con los hombres, posible es para Dios.” Vieron cómo, por la gracia de Dios, un rico podría entrar en el reino. {DTG 508.5; DA.555.3}

Antes que Zaqueo mirara el rostro de Cristo, había iniciado la obra que ponía de manifiesto que era un verdadero penitente. Antes que fuera acusado por el hombre, había confesado su pecado. Se había rendido a la convicción del Espíritu Santo, y había empezado a seguir la enseñanza de las palabras escritas para el antiguo Israel tanto como para nosotros. El Señor había dicho hacía mucho tiempo: “Y cuando tu hermano empobreciere, y se acogiere a ti, tú lo ampararás: como peregrino y extranjero vivirá contigo. No tomarás usura de él, ni aumento; más tendrás temor de tu Dios, y tu hermano vivirá contigo. No le darás tu dinero a usura, ni tu vitualla a ganancia.” “Y no engañe ninguno a su prójimo; más tendrás temor de tu Dios.” Estas palabras habían sido pronunciadas por Cristo mismo cuando estaba envuelto en la columna de nube, y la primera respuesta de Zaqueo al amor de Cristo consistió en manifestar compasión hacia el pobre y doliente. {DTG 508.6; DA.555.4}

Los publicanos habían formado una confederación para oprimir al pueblo y ayudarse mutuamente en sus fraudulentas prácticas. En su extorsión, no estaban sino siguiendo la costumbre que había llegado a ser casi universal. Aun los sacerdotes y rabinos que los despreciaban eran culpables de enriquecerse mediante prácticas deshonestas, bajo el manto de su sagrado cargo. Pero tan pronto como Zaqueo se rindió a la influencia del Espíritu Santo, abandonó toda práctica contraria a la integridad. {DTG 509.1; DA.555.5}

Ningún arrepentimiento que no obre una reforma es genuino. La justicia de Cristo no es un manto para cubrir pecados que no han sido confesados ni abandonados; es un principio de vida que transforma el carácter y rige la conducta. La santidad es integridad para con Dios: es la entrega total del corazón y la vida para que revelen los principios del cielo. {DTG 509.2; DA.555.6}

En sus negocios, el cristiano ha de representar delante del mundo la manera en que nuestro Señor dirigiría las empresas comerciales. En toda transacción ha de dejar manifiesto que Dios es su maestro. Ha de escribirse “Santidad al Señor” en el diario y el libro mayor, en escrituras, recibos y letras de cambio. Los que profesan seguir a Cristo y comercian de un modo injusto dan un testimonio falso contra el carácter de un Dios santo, justo y misericordioso. Toda alma convertida querrá, como Zaqueo, señalar la entrada de Cristo en su corazón mediante el abandono de las prácticas injustas que caracterizaban su vida. A semejanza del príncipe de los publicanos, dará prueba de su sinceridad haciendo restitución. El Señor dice: “Si el impío restituyere la prenda, devolviera lo que hubiere robado, caminaré en las ordenanzas de la vida, no haciendo

iniquidad ... no se le recordará ninguno de sus pecados que había cometido: ... vivirá ciertamente.” {DTG 509.3; DA.556.1}

Si hemos perjudicado a otros en cualquier transacción comercial injusta, si nos hemos extralimitado en el comercio o defraudado a algún hombre, aun dentro del marco de la ley, deberíamos confesar nuestro agravio y hacer restitución en la medida de lo posible. Es justo que devolvamos, no solamente lo que hemos tomado, sino todo lo que se habría ganado con ello si se lo hubiese usado correcta y sabiamente durante el tiempo que haya estado en nuestro poder. {DTG 509.4; DA.556.2}

El Salvador dijo a Zaqueo: “Hoy ha venido la salvación a esta casa.” No solamente Zaqueo fue bendecido, sino toda su familia con él. Cristo fue a su casa para darle lecciones de verdad e instruir a su familia en las cosas del reino. Ellos habían sido expulsados de la sinagoga por el desprecio de los rabinos y adoradores; pero ahora su casa era la más favorecida de toda Jericó; acogían bajo su propio techo al divino Maestro y oían por sí mismos las palabras de vida. {DTG 510.1; DA.556.3}

Cuando Cristo es recibido como Salvador personal, la salvación viene al alma. Zaqueo no había recibido a Jesús meramente como a un forastero, sino como al que moraba en el templo del alma. Los escribas y fariseos, que le acusaban de ser pecador, murmuraron contra Cristo porque se hizo su huésped, pero el Señor le reconoció como hijo de Abrahán. Porque “los que son de fe, los tales son hijos de Abraham.” {DTG 510.2; DA.556.4}

TESTIMONIOS

Testimonio del 09-11-2017

(Tiempos Tormentosos)

9 de noviembre, 2017. Era alrededor de las 7:30 pm. [Estaba], pues yo, ya, para ir al receso, meditando en lo que el Señor deseaba de cada uno de nosotros cada día; este debe ser nuestro meditar —para cada uno de nosotros—. Cuando, en ese momento, vino a mí la palabra del Señor, donde me citó Isaías 7:20, y me dijo: “Isaías 7:20 corre a cumplirse”. Ya luego me siguió diciendo: “no temas, ni desmayes; confía”. Y me citó otro versículo: “Salmos 5:12, que será tu recompensa”, me dijo, “y la de mi pueblo. Para que sepan que Jehová fue quien los salvó”. Y siguió diciéndome que: “todos verán la salvación en ese lugar porque obedecieron a su Salvador”.

Entonces yo decía: “Señor, ¿qué lugar?” comencé a preguntar. Entonces la voz me contestó: “no deben salirse de las instrucciones”. Me dio instrucciones: “casa pequeña en el lugar donde salgan”. ¡Por favor, hermanos, no estén haciendo mega casas, casas

lujosas! Ya nos estamos yendo a casa, no hay oportunidad para que estemos ya poniéndole amor a las cosas de este mundo. Hay que hacer cosas pequeñas, como Dios quiere. Hágase la idea de que estamos acampando, porque, ya, nuestra casa, es nuestra casa celestial. Así que el Señor quiere que se hagan casas pequeñas. Que el terreno, el terreno, ya sea un poquito más amplio, para sembrar. Que tenga agua propia, esto es bien importante, amados hermanos. Con esta situación que hemos tenido acá en Puerto Rico, nos hemos dado cuenta que tener agua propia es una bendición.

Otra de las cosas que el Señor volvió a recalcar, es que no seamos privados de adorar a vuestro Dios, que el lugar donde vamos a escoger no tengamos vecinos alrededor, porque vamos a ser privados de adorar a nuestro Dios, y por eso lo está recalcando de esta manera —otra vez—. Volvió a seguirme diciendo, en la lista: “sitios donde nadie quiere estar”. Si usted ve un sitio donde todo el mundo quiere ir, bueno claro hay lugares donde la gente quiere ir porque ven allí la bendición de Dios, pero hay otros lugares donde la gente quiere ir porque es fácil, porque es cómodo, porque sienten que están cumpliendo con este requisito, pero es cómodo. Tengamos [en] cuenta, Dios dice: “sitios donde nadie quiere estar”.

Otra de las cosas que me dijo es que guardemos semillas para sembrar, y también para comer. Y, por último, me siguió diciendo en la lista: “sólo lo estrictamente necesario”. Hemos visto con el pasar del tiempo, las diferentes facetas en estos movimientos, donde muchos llevan todo lo que tenían, de la ciudad se lo llevan al campo, y el Señor, lo que quiere es que vayamos aliviando la carga. Entonces, cuando él me dijo así: “sólo lo estrictamente necesario”, yo pregunté: “¿que es necesario?” Entonces me dijo: “abrigo, techo, sustento, y medicina”. Cuando le dije: “¿medicina?”, porque [en] esto es siempre que estoy pendiente, pues es [en] lo que estoy trabajando, día tras día, en mi vida. Me recalcó: “las plantas, medicina natural”.

Entonces me siguió diciendo: “y será que todo el que yo enviare allí habitará hasta el fuerte pregón, pues, luego, la tierra será desolada, y mi pueblo refugiado por mi santo ejército. Toda tierra será tierra de chacales, más mi pueblo tendrá su sustento. Diles que no teman pues Yo os envío a tierra no deseable para que hallen paz, ya que la piedra que ellos desecharon llegó a ser la piedra angular. Se acercan tiempos tormentosos”, me seguía diciendo, “es tiempo, ya, de prepararse para la fase final. El que sea fiel, Yo le daré la corona de la vida”, me decía, “porque el que busque salvar su vida la perderá; más el que no la buscare, salvará su vida”.

Entonces me dijo unos versículos, y me dijo: “dice el Señor: Romanos 3:23, Lucas 4:28, 1 Timoteo 2:1, Habacuc 2:13, Amós 3:2, 1 Corintios 2:4, Oseas 2:7 y Filipenses 2:10”. Estos fueron los versículos que me dieron en este momento. Dios está hablando activamente, amados hermanos, necesitamos prepararnos, no podemos dilatar. Es como

yo siempre les digo a las personas; si yo supiese ¿verdad?, estoy en mi casa cómoda, estoy en mi casa lujosa con todo lo que necesito, con todos los servicios al día, pero de repente llega alguien a mi puerta y me dice: “¡salgan corriendo de aquí porque viene un tsunami que ya se está acercando a este lugar y van a ser devastados!” Pues, ¿qué haríamos nosotros?, si queremos salvar la vida, tenemos que salir.

Entonces, esto hermanos, es lo que está llegando, en todos los lugares [lo] estamos viendo. ¡Miren Grecia cómo está! Nunca en su vida habían llegado cosas como las que están llegando a diferentes lugares. El Señor nos está hablando, ya en términos, ya, más contundentes de lo que está viniéndose, y ya no nos tiene, yo creo, que decir mucho, porque ya todos lo estamos viendo.

Así que, quiera Dios, de todo corazón se los digo, amados hermanos, que obedezcamos estas instrucciones:

- que la casa sea pequeña,
 - que el terreno sea amplio para que podamos sembrar,
 - que tenga agua propia es bien importante,
 - que no sean privados de adorar a vuestro Dios,
 - que sea un sitio donde nadie quiere estar,
 - que guardemos semillas para sembrar y para comer, y
 - que solamente lo estrictamente necesario esté allí con nosotros.
- el abrigo, el techo, el sustento y tener nuestras plantas medicinales, que es la medicina que el cielo aprueba. Para que cada uno de nosotros podamos recibir la bendición de Dios. Y, sobre todo, amados hermanos, que estemos a cuentas con Dios, es lo más importante. Porque recordemos, amados, que la propiedad de Dios nadie la toca, así que tenemos que luchar por ser propiedad de Dios.
Que el Señor me los bendiga.

Isaías 7:20

En aquel día raerá el Señor con navaja alquilada, con los que habitan al otro lado del río, [es decir], con el rey de Asiria, cabeza y pelo de los pies; y aun la barba también quitará.

Salmo 5:12

Porque tú, oh Jehová, bendecirás al justo; lo rodearás de benevolencia como [con] un escudo.

Romanos 3:23

Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.

Lucas 4:28

Y cuando oyeron estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira;

1 Timoteo 2:1

Exhorto, pues, ante todo, que se hagan súplicas, oraciones, intercesiones [y] acciones de gracias, por todos los hombres;

Habacuc 2:13

13 ¿No [es] esto de Jehová de los ejércitos? Los pueblos pues, trabajarán para el fuego, y las gentes se fatigarán en vano.

Amós 3:2

A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra; por tanto visitaré contra vosotros todas vuestras maldades.

1 Corintios 2:4

Y mi palabra y mi predicación no [fue] con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder.

Amós 2:7

Y seguirá a sus amantes, y no los alcanzará; los buscará, y no los hallará. Entonces dirá: Iré y me volveré a mi primer marido, porque mejor me iba entonces que ahora.

Filipenses 2:10

Para que al nombre de Jesús, se doble toda rodilla; de los que están en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra.

Testimonio del 19-12-2018

(Tiempo de Gracia Casi Culminado para los que Conocen...)

Amados, 19 de diciembre de 2018. Mientras oraba al Señor por todas las cosas que están pasando alrededor del mundo, y por protección a sus hijos en la ancha faz de la tierra, se me dejó saber que el tiempo de gracia casi es culminado para el pueblo que conoce el mensaje adventista del séptimo día.

No hay tiempo, si realmente queremos ir al cielo, para seguir viviendo livianamente delante de Dios. Si no tomamos en serio nuestra salvación ahora, mañana será muy tarde. El enemigo, amados, nos está jugando una trampa, de letargo y demora, para nuestras vidas, y estamos consintiendo con esto —y esto será sólo nuestra culpa—. Tenemos dos armas dadas por Dios para poder vencer. Ya, nuestro precio de salvación está pagado, sólo es aceptarlo, y [tomar] la decisión, que es el libre albedrío.

Estamos en eventos que corren uno tras el otro en estos momentos, se me dejó saber. Estos son: el juicio de los vivos, la ley dominical, el fin de la gracia para los que conocen el mensaje adventista del séptimo día, y el tiempo de gracia para el mundo. Estos eventos, en un momento, comenzaron y, en un momento, terminarán. Y, si no velamos,

sólo, será nuestra culpa si nos quedamos fuera. La advertencia nos es dada y el tiempo es cumplido. La decisión es nuestra. Nadie podrá decidir por nadie el ser fiel a Dios, por más que amemos a nuestros seres queridos, familiares, amigos [y] vecinos.

Amados, necesitamos, necesitamos ponernos a cuentas con Dios, ¡no hay tiempo que perder! No necesitamos tener todas las condiciones que realmente pensamos para ponernos a cuentas con Dios. Sencillamente lo que necesitamos es ponernos de rodillas, reconocer, reconocer quiénes nosotros somos y quién es Él. Pedir perdón, apartarnos de aquello que sabemos que deshonra a nuestro Dios. Y pedir su fuerza y su sabiduría, su inteligencia, para poder caminar por el camino que Él desea que caminemos. Así se nos van a comenzar a abrir puertas que nadie va a poder cerrar. Quiera Dios que cada uno de nosotros entendamos esto, y que podamos darnos cuenta que, si seguimos relajados con nuestra salvación hoy, mañana será muy tarde. Ruego a Dios para que esto no sea así. Ruego a Dios para que su pueblo despierte y comience a darse cuenta de lo que debe estar haciendo en estos momentos. Que el Señor me los bendiga.

Testimonio del 14-07-2019

(Dejad los Anatemas y Buscad los Ministros Silenciosos)

14 de julio 2019. En sueños, yo estaba parada frente a una casa multipisos, y tenía que subir unas cosas. Le pedí ayuda a unos jóvenes y estos cogieron algunas cosas pero, al llegar al lugar, dejaron las cosas y se sentaron. Les animé a continuar y vi a uno que estaba más cerca de mí y le dije: “deja ese celular, ¿no ves que te está adormeciendo?”

Más el joven no lo soltaba. Yo le decía que él estaba acariciando algo malo, pero él decía que no, que era algo inofensivo. Yo le insistía, pero no podía hacerle razonar. Me acerqué para ver, más de cerca, ver a sus ojos, para ver si podía hacerle entrar en razón para que lo soltara. En ese momento vi cómo el celular se convirtió en una serpiente, con unos dientes muy grandes y afilados. Esta se le enrolló en el cuello y le mordió. Ya se estaba cayendo, el joven, al piso, con el veneno, y yo agarré la serpiente por la cola, la halé y la quité de encima de él. Comencé a asistirle, pero no reaccionaba. Clamé: “¡Oh, Dios! ¡ayúdalo!” Entonces, escuché una voz fuerte, tan fuerte que mi ser tembló, que dijo: “si no suelta la serpiente, ésta está a punto de morderle y ya no habrá más oportunidad, y habrá traspasado el límite de la misericordia y su fin ciertamente llegará”. Entonces la voz siguió diciendo: “¡quidad, quidad el anatema de en medio de vosotros, y buscad los ministros silenciosos con ahínco, y procurad la fortaleza para, así, vencer. Todo monte será removido y toda colina desecha ante la venida del Todopoderoso. El juicio es casi completado, y, ¿quién podrá permanecer en pie? Permitid la ayuda de lo Alto para, así, vencer; pues ya no hay tiempo de vacilar. Si así hicierdes, venceréis; más, si desechas estas palabras, pereceréis”.

Entonces, mi acompañante apareció y me dijo, mientras estaba tratando de asistirle: “está a punto de traspasar la misericordia de Dios”.

Ahí desperté, amados, quiera Dios que cada uno de nosotros podamos sacar todo anatema de en medio de nosotros y podamos decidirnos por un: “así dice Jehová”. Que el Señor me los bendiga.

Testimonio del 03-08-2019

(Salid a las Montañas - Los Ministros Silenciosos)

3 de agosto del 2019. En sueños, fui llevada frente a unos grandes edificios, estos edificios se veían muy altos, tan altos que era imposible para mí ver su fin, pues las nubes los cubrían. Yo [los] miraba, cuando una pregunta saltó [en] mi mente: “¿qué hago yo aquí?” En ese momento, miré a mi alrededor y vi muchas personas en las calles que caminaban, de aquí para allá, sin ninguna preocupación. Más noté que, algunos, no caminaban enérgicamente. Y mi vista los seguía.

Entonces, ¡escuché una explosión en el cielo! como un trueno, pero con luz. Como un rayo atravesó el cielo encima de aquellos rascacielos, y vi cómo, aquellos que caminaban lentamente, antes, cayeron agonizantes al suelo. Seguí el estruendo en los cielos y veía luces como la aurora boreal, con sus esplendorosos colores, circundar el cielo. Nuevamente miré a las personas, cada una de las que caminaba enérgicamente iba perdiendo velocidad, poco a poco, hasta que caía al suelo. Entonces pregunté: “¿qué sucede? ¿qué es esto?” Entonces, dijo mi acompañante: “ondas electromagnéticas, asesinas del sistema nervioso cerebral, atacan, y la maquinaria viviente sucumbe ante ellas. Es hora, ¡salgamos de aquí!”.

Me dijo: “corre por las calles y grita a voz en cuello: ‘¡salid, salid! ¡para que no perezcáis!’” Dije: “¡oh, Señor! Se los he dicho antes, ¡y no creen!” Entonces, me contestó: “los entendidos entenderán”. Entonces, en ese momento, amados, corrí. Hice como se me dijo, no miraba hacia atrás, sólo corría y gritaba las palabras que me dictaron. Mis piernas me dejaban, [por] el cansancio, y mi voz languidecía. Y, en ese momento, una oscuridad arrojó aquel lugar, casi, no veía mis pies. Clamé: “¡Señor, ayúdanos!” En ese momento dije: “¿por qué dije ‘ayúdanos’ si sólo soy yo?” Pero, al decir esto miré hacia atrás mío, y vi a muchos, no pude contarlos, pero no estaba sola. Y dije: “Señor, aquí está tu rebaño, ¡sálvanos, guíanos!” En ese momento, una luz apareció frente a nosotros. Pudimos marchar, a paso seguro, viendo el camino entre las densas tinieblas. Caminamos un largo tramo hasta que salimos del pavimento, llegamos a camino de tierra y luego a camino de hierba. El camino no era plano, sino que se tornó subiendo, cuesta arriba. La luz seguía iluminando nuestro camino y nos internamos en medio de densos árboles. Ahí, entre ellos, la luz paró y reposamos un poco. Miré hacia atrás, desde la montaña hacia la llanura, y veía en el cielo, encima de la ciudad, aquellas luces que

había visto antes, cuando estaba en ella. Entonces, miré nuestro cielo. Arriba de nosotros, todo era paz y estaba cuajado de estrellas. En ese momento escuché: “Salmo 2”.

La escena cambió, amados, y ahora estábamos en las montañas, en casas pequeñas, con mínimas, mínimas, cosas. Vi cómo, cada mañana salíamos al huerto a cuidar de las plantas, preparar más tierra para sembrar y recoger alimentos. Vi cómo algunas tierras eran fáciles y otras más difíciles, pero cada una cumplía su misión en la vida de cada uno de los que la trabajaban. Se me dejó saber que, mientras más rudo es nuestro carácter, más trabajo tendríamos que pasar. Y, que, cada prueba no pasada, no se apartará de nosotros hasta que la pasemos porque es necesaria para el fortalecimiento de nuestro carácter. Mientras oía y veía esto, vi un grupo de personas entre los árboles, cantando, orando y alabando a Dios por sus maravillas. Veía los frutos crecer, no por sus obras, sino [por] el poder de un gran Dios que lo sustentaba con su poder.

Entonces vi un hombre sembrando, su rostro era rudo y de hablar áspero. Este hombre lloraba y gemía por su mal carácter, y con gran ahínco y arduo trabajo labraba la tierra. Lo vi comenzar un surco tras otro. Luego, le vi buscar la semilla y comenzó a sembrar, cuidaba su siembra día a día sin descansar. Vi, entonces, que una oruga llegó a su plantación y comenzó a comer su siembra. Éste, al darse cuenta, gruñó y se desesperó. Luego, mirando al cielo exclamó: “¡Señor, no tengo nada, sólo esto! ¡ayúdame, por favor!” Le vi ir planta por planta buscando a la intrusa oruga hasta que la encontró, y libró su plantación de aquella intrusa. Día tras día, con amante cuidado y abnegación cuidaba su pequeño huerto, así yo lo veía. Le volví a ver al fin de la siembra. Era el momento de la cosecha y pregunté: “¿quién es él?” Se me contestó: “el mismo que la sembró”. Y dije: “no, aquel era un hombre rudo, áspero y de mal hablar, y este es otro”. “Así es”, se me dijo. “Los ministros silenciosos son usados por nuestro grande y poderoso Dios y, sin darse cuenta el ser humano, al hacer esto, cae bajo la influencia de su Espíritu. Y éste [ser humano] es cambiado imperceptiblemente. El enemigo lo sabe y por eso odia y persigue a todos aquellos que desean ir a las montañas. Todo acérrimo enemigo de la verdad, desdeña este paso tan importante y preparatorio para la transformación del carácter, [este paso] tan vital para la salvación. “Recordad”, me dijo, “¿dónde estaba Eliseo cuando Elías lo encontró? Apresúrate a decir, y no calles”, me dijo, “porque aquí el aquilón viene por su presa, ¿y qué será del que aún no esté listo?”

“Sed sumisos y aprended de Aquel que es manso y humilde de corazón, que, siendo también Dios, se sometió a su Padre en todo, hasta la muerte de cruz, para que el mortal pueda llegar a vivir eternamente. No os engaños, porque el día vendrá, y es ahora, en que toda carne será juzgada por Aquel que pesa los motivos y conoce el corazón. El cual dará a cada uno según sus obras”.

Hizo una pausa, amados, y continuó: “os lo he dicho antes. ¿Qué hace que el cristiano esté siempre lozano?”, preguntó. “Recordad al árbol de hojas perennes. Procurad ornamento de un espíritu humilde y tranquilo. Esto, a la vista de Dios, es de gran precio. Cuidad como tesoro el regalo: del amor, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre, la templanza, todos estos frutos del árbol cristiano. Éste, plantado junto a corrientes de agua, su fruto siempre será a su tiempo. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo. El que ha de venir vendrá y no tardará. Alistaos, pues, en Él”.

Que el Señor me los bendiga, y oro porque cada uno de nosotros seamos más que vencedores en Cristo Jesús. Bendiciones.

Salmo 2

1 ¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan vanidad? 2 Se levantan los reyes de la tierra, y los príncipes consultan unidos contra Jehová y contra su unguento, diciendo: 3 Rompamos sus coyundas, y echemos de nosotros sus cuerdas. 4 El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. 5 Entonces hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira. 6 Pero yo he puesto a mi Rey sobre Sión, mi santo monte. 7 Yo publicaré el decreto: Jehová me ha dicho: Mi Hijo [eres] tú; yo te engendré hoy. 8 Pídeme, y te daré por heredad las naciones, y [por] posesión tuya los confines de la tierra. 9 Los quebrantarás con vara de hierro; como vaso de alfarero los desmenuzarás. 10 Y ahora, reyes, entended: Admitid corrección, jueces de la tierra. 11 Servid a Jehová con temor, y alegraos con temblor. 12 Besad al Hijo, para que no se enoje, y perezcaís en el camino, cuando se encendiere un poco su furor. Bienaventurados todos los que en Él confían.

Testimonio del 15-09-2019 #2

(Como en los días de Noé)

Amados, septiembre, 15, del 2019. El Señor me llevó a Zacarías 4:8-14, y Zacarías 8:4-8, 8:16-17. Luego de eso, el Señor llamó mi atención a Patriarcas y Profetas, el capítulo 7, que habla del diluvio. Y al libro de Testimonios, tomo nueve, página 38, donde nos habla allí que pasó la siega, terminó el verano y nuestra alma no se salvó; y varias preguntas: ¿por qué no busqué un refugio en la fortaleza? ¿por qué jugué con la salvación de mi alma y desprecié al Espíritu de gracia? En todas estas cosas estaba yo meditando cuando el Señor siguió dictándome otros dos versículos más: “Zacarías 3:8-10 y Zacarías 1:1-6”. Leamos la Palabra del Señor, pidamos discernimiento de lo Alto, porque así cada uno de nosotros podrá recibir del Señor lo que Él quiere que sepamos, que entendamos, para que, así, nuestra fe sea aumentada, nuestro conocimiento sea abierto, sea iluminado por el poder del Espíritu Santo, y podamos entender lo que Dios quiere y requiere de cada uno de nosotros. Que el Señor me los bendiga.

Zacarías 4:8-14

8 Entonces la palabra de Jehová vino a mí, diciendo: 9 Las manos de Zorobabel echarán el fundamento a esta casa, y sus manos la acabarán; y conocerás que Jehová de los ejércitos me envió a vosotros. 10 Porque, ¿quién ha menospreciado el día de las pequeñeces? Pues se alegrarán, y verán la plomada en la mano de Zorobabel. Estos siete [son] los ojos de Jehová que recorren por toda la tierra. 11 Hablé más, y le dije: ¿Qué significan estos dos olivos a la derecha del candelero, y a su izquierda? 12 Hablé aún de nuevo, y le dije: ¿Qué [significan] las dos ramas de olivo que por medio de dos tubos de oro vierten de sí [aceite] como oro? 13 Y me respondió, diciendo: ¿No sabes qué [es] esto? Y dije: No, mi Señor. 14 Entonces Él dijo: Éstos [son] los dos ungidos que están delante del Señor de toda la tierra.

Zacarías 8:4-8

Así dice Jehová de los ejércitos: Aún han de morar ancianos y ancianas en las plazas de Jerusalén, y cada cual con bordón en su mano por la multitud de los días. 5 Y las calles de la ciudad se llenarán de muchachos y muchachas que jugarán en sus calles. 6 Así dice Jehová de los ejércitos: Si esto parecerá maravilloso a los ojos del remanente de este pueblo en aquellos días, ¿deberá también ser maravilloso delante de mis ojos? dice Jehová de los ejércitos. 7 Así dice Jehová de los ejércitos: He aquí, yo salvo a mi pueblo de la tierra del oriente, y de la tierra del poniente; 8 Y los traeré, y habitarán en medio de Jerusalén; y ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios en verdad y en justicia.

Zacarías 8:16-17

Éstas [son] las cosas que habéis de hacer: Hablad verdad cada cual con su prójimo; juzgad con verdad y juicio de paz en vuestras puertas. 17 Y ninguno de vosotros piense mal en su corazón contra su prójimo, ni améis juramento falso; porque todas éstas [son cosas] que aborrezco, dice Jehová.

Patriarcas y Profetas, capítulo 7: El diluvio

Capítulo 7—El diluvio

Este capítulo está basado en Génesis 6 y Génesis 7.

En los días de Noé pesaba sobre la tierra una doble maldición, como consecuencia de la transgresión de Adán y del asesinato cometido por Caín. No obstante, esta circunstancia, la faz de la naturaleza no había cambiado mucho. Había señales evidentes de decadencia, pero la tierra todavía era bella y rica con los regalos de la providencia de Dios. Las colinas estaban coronadas de majestuosos árboles que sostenían los sarmientos cargados del fruto de la vid. Las vastas planicies que semejaban jardines estaban vestidas de suave verdor y endulzadas con la fragancia de miles de flores. Los frutos de la tierra eran de una gran variedad y de una abundancia casi ilimitada. Los árboles superaban en tamaño, belleza y perfecta simetría, a los más hermosos del presente; la madera era de magnífica fibra y de dura substancia, muy

parecida a la piedra, y apenas un poco menos durable que esta. Además, abundaban el oro, la plata y las piedras preciosas. {PP 69.1; PP.90.1}

La humanidad aún conservaba mucho de su vigor original. Solo pocas generaciones habían pasado desde que Adán había tenido acceso al árbol que había de prolongar la vida; y la unidad de la existencia del hombre era todavía el siglo. Si aquellas personas dotadas de longevidad hubieran dedicado al servicio de Dios sus excepcionales facultades para hacer planes y ejecutarlos, habrían hecho del nombre de su Creador un motivo de alabanza en la tierra, y habrían cumplido el motivo por el cual él les dio la vida. Pero dejaron de hacerlo. Había muchos gigantes, hombres de gran estatura y fuerza, renombrados por su sabiduría, con habilidad para proyectar las más sutiles y maravillosas obras; pero la culpa en que incurrieron al dar rienda suelta a la iniquidad fue proporcional a su pericia y habilidad mentales. {PP 69.2; PP.90.2}

Dios otorgó ricos y variados dones a estos antediluvianos; pero los usaron para glorificarse a sí mismos, y los transformaron en maldición poniendo sus afectos en ellos más bien que en Aquel que se los había dado. Emplearon el oro y la plata, las piedras preciosas y las maderas selectas, en la construcción de mansiones para sí y trataron de superarse unos a otros en el embellecimiento de sus moradas con las más hábiles obras del ingenio humano. No procuraban más que satisfacer los deseos de sus orgullosos corazones, y se aturdían en escenas de placer y perversidad. No deseaban conservar a Dios en su memoria, y llegaron a negar su existencia. Adoraban a la naturaleza en lugar de rendir culto al Dios de la naturaleza. Glorificaban al ingenio humano, adoraban las obras de sus propias manos, y enseñaban a sus hijos a postrarse ante imágenes esculpidas. {PP 70.1; PP.90.3}

Construyeron altares a sus ídolos en los verdes campos y bajo la sombra de hermosos árboles. Bosques extensos, que conservaban su follaje siempre verde, eran dedicados al culto de dioses falsos. A estos bosques estaban unidos bellos jardines, con largas y sinuosas avenidas adornadas de árboles cargados de frutos, y de toda clase de estatuas; todo lo cual estaba provisto de cuanto podía agrandar a los sentidos y fomentar los voluptuosos deseos del pueblo, y así inducirlo a participar del culto idólatra. {PP 70.2; PP.91.1}

Los hombres eliminaron a Dios de su mente, y adoraron las creaciones de su propia imaginación; y como consecuencia, se degradaron más y más. El salmista describe el efecto producido por la adoración de ídolos sobre quienes la practican. “Semejantes a ellos son los que los hacen y cualquiera que confía en ellos”. Salmos 115:8. {PP 70.3; PP.91.2}

Es una ley del espíritu humano que nos hacemos semejantes al objeto que contemplamos. El hombre no se elevará más allá de sus conceptos acerca de la verdad, la pureza y la santidad. Si el espíritu no sube más arriba que el nivel humano, si no se eleva mediante la fe para comprender la sabiduría y el amor infinitos, el hombre irá hundiéndose cada vez más. Los adoradores de falsos dioses revestían a sus deidades de cualidades y pasiones humanas, y rebajaban así sus normas de carácter a la semejanza de la humanidad pecaminosa. Como resultado lógico se corrompieron. {PP 70.4; PP.91.2}

“Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos de su corazón solo era de continuo el mal [...]. La tierra se corrompió delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia”. Génesis 6:5, 11. Dios había dado a los hombres sus mandamientos como norma de vida, pero su ley fue quebrantada, y como resultado cometieron todos los pecados concebibles. La impiedad de los hombres era manifiesta y osada, la justicia quedó pisoteada en el polvo, y las lamentaciones de los oprimidos ascendieron hasta el cielo. {PP 71.1; PP.91.2}

La poligamia había sido introducida desde temprano, contra la divina voluntad manifestada en el principio. El Señor dio a Adán una mujer, revelando así sus órdenes. Pero después de la caída, los hombres prefirieron seguir sus deseos pecaminosos; y como resultado, aumentaron rápidamente los delitos y la desgracia. No se respetaba el vínculo matrimonial ni los derechos de propiedad. Cualquiera que codiciaba las mujeres o los bienes de su prójimo, los tomaba por la fuerza, y los hombres se regocijaban en sus hechos de violencia. Gozaban matando los animales; y el consumo de la carne como alimento los volvía aún más crueles y sedientos de sangre, hasta que llegaron a considerar la vida humana con sorprendente indiferencia. {PP 71.2; PP.91.3}

El mundo estaba en su infancia; no obstante, la iniquidad del género humano se había hecho tan profunda y general que Dios no pudo soportarla más; y dijo: “Borraré de la faz de la tierra a los hombres que he creado”. Vers. 7; véase el Apéndice, nota 1. Declaró que su Espíritu no contendría para siempre con la humanidad culpable. Si los hombres no cesaban de manchar el mundo y sus ricos tesoros con sus pecados, los borraría de su creación, y destruiría las cosas que con tanta delicia les había brindado; arrebataría las bestias de los campos, y la vegetación que les suministraba abundante abastecimiento de alimentos, y transformaría la bella tierra en un vasto panorama de desolación y ruina. {PP 71.3; PP.92.1}

En medio de la corrupción reinante, Matusalén, Noé y muchos más, trabajaron para conservar el conocimiento del verdadero Dios y para detener la ola del mal. Ciento veinte años antes del diluvio, el Señor, mediante un santo ángel, comunicó a Noé su propósito, y le ordenó construir un arca. Mientras la construía, había de predicar que

Dios iba a traer sobre la tierra un diluvio para destruir a los impíos. Los que creyeran en el mensaje, y se prepararan para ese acontecimiento mediante el arrepentimiento y la reforma, obtendrían perdón y serían salvos. Enoc había repetido a sus hijos lo que Dios le había manifestado tocante al diluvio, y Matusalén y sus hijos, que alcanzaron a oír las prédicas de Noé, lo ayudaron en la construcción del arca. {PP 71.4; PP.92.2}

Dios dio a Noé las dimensiones exactas del arca, y explícitas instrucciones acerca de todos los detalles de su construcción. La sabiduría humana no podría haber ideado una estructura de tanta solidez y durabilidad. Dios fue el diseñador, y Noé el maestro constructor. Se construyó como el casco de un barco, para que pudiera flotar en el agua, pero en ciertos aspectos se parecía más a una casa. Tenía tres pisos, con solo una puerta en un costado. La luz entraba por la parte superior, y las distintas secciones estaban arregladas de tal manera que todas recibían luz. En la construcción del arca se empleó madera de ciprés, que duraría cientos de años. La construcción de esta estructura fue un proceso lento y trabajoso. A pesar de la gran fuerza que poseían los hombres de aquel entonces, debido al gran tamaño de los árboles y la naturaleza de la madera, se necesitaba mucho más tiempo que ahora para prepararla. Se hizo todo lo humanamente posible para que la obra quedara perfecta; sin embargo, el arca de por sí no hubiera podido soportar la tempestad que vendría sobre la tierra. Únicamente Dios podía guardar a sus siervos de las aguas borrascosas. {PP 72.1; PP.92.3}

“Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvaría; y por esa fe condenó al mundo y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe”. Hebreos 11:7. Mientras Noé daba al mundo su mensaje de amonestación, sus obras demostraban su sinceridad. Así se perfeccionó y manifestó su fe. Dio al mundo el ejemplo de creer exactamente lo que Dios dice. Todo lo que poseía lo invirtió en el arca. Cuando empezó a construir aquel inmenso barco en tierra seca, multitudes vinieron de todos los rumbos a ver aquella extraña escena, y a oír las palabras serias y fervientes de aquel singular predicador. Cada martillazo dado en la construcción del arca era un testimonio para la gente. {PP 72.2; PP.95.1}

Al principio, pareció que muchos recibirían la advertencia; sin embargo, no se volvieron a Dios con verdadero arrepentimiento. No quisieron renunciar a sus pecados. Durante el tiempo que precedió al diluvio, su fe fue probada, pero ellos no resistieron esa prueba. Vencidos por la incredulidad reinante, se unieron a sus antiguos compañeros para rechazar el solemne mensaje. Algunos estaban profundamente convencidos, y hubieran atendido la amonestación; pero eran tantos los que se mofaban y los ridiculizaban, que terminaron por participar del mismo espíritu, resistieron a las invitaciones de la misericordia, y pronto se hallaron entre los más atrevidos e insolentes burladores; pues nadie es tan desenfrenado ni se hunde tanto en el pecado como los que una vez

conocieron la luz, pero resistieron al Espíritu que convence de pecado. {PP 72.3; PP.95.2}

No todos los hombres de aquella generación eran idólatras en el sentido estricto de la palabra. Muchos profesaban ser adoradores de Dios. Alegaban que sus ídolos eran imágenes de la Deidad, y que por su medio el pueblo podía formarse una concepción más clara del Ser divino. Esta clase sobresalía en el menosprecio del mensaje de Noé. Al tratar de representar a Dios mediante objetos materiales, cegaron sus mentes en lo que respectaba a la majestad y al poder del Creador; dejaron de comprender la santidad de su carácter, y la naturaleza sagrada e inmutable de sus requerimientos. {PP 73.1; PP.95.3}

A medida que el pecado se generalizaba, les parecía cada vez menos grave, y terminaron por declarar que la ley divina ya no estaba en vigor; que era contrario al carácter de Dios castigar la transgresión; y negaron que sus juicios se harían sentir en la tierra. Si los hombres de aquella generación hubieran obedecido la ley divina, habrían reconocido la voz de Dios en la amonestación de su siervo; pero al rechazar la luz sus mentes se habían vuelto tan ciegas, que creyeron de veras que el mensaje de Noé era un engaño. {PP 73.2; PP.95.3}

No fueron las multitudes o las mayorías las que se colocaron de parte de lo justo. El mundo se puso contra la justicia y las leyes de Dios, y Noé fue considerado fanático. Satanás, al tentar a Eva para que desobedeciera a Dios, le dijo: “No moriréis”. Génesis 3:4. Grandes hombres del mundo, honrados y sabios, repitieron lo mismo. “Las amenazas de Dios -dijeron- tienen por fin intimidarnos y nunca se realizarán. No debéis alarmaros. Nunca se producirá la destrucción de la tierra por el Dios que la hizo ni el castigo de los seres que él creó. Podéis estar tranquilos; no temáis. Noé es un descabellado fanático”. El mundo se reía de la locura del iluso anciano. En vez de humillar sus corazones ante Dios, persistieron en su desobediencia e impiedad, como si Dios no les hubiera hablado por su siervo. {PP 73.3; PP.96.1}

Pero Noé se mantuvo como una roca en medio de la tempestad. Rodeado por el desdén y el ridículo popular, se distinguió por su santa integridad y por su incommovible fidelidad. Sus palabras iban acompañadas de poder, pues eran la voz de Dios que hablaba a los hombres por medio de su siervo. Su relación con Dios le comunicaba la fuerza del poder infinito, mientras que, durante ciento veinte años, su voz solemne anunció a oídos de aquella generación acontecimientos que, en cuanto podía juzgar la sabiduría humana, estaban fuera de toda posibilidad. {PP 74.1; PP.96.2}

El mundo antediluviano razonaba que las leyes de la naturaleza habían sido estables durante muchos siglos. Las estaciones se habían sucedido unas a otras en orden. Hasta

entonces nunca había llovido; la tierra había sido regada por una niebla o el rocío. Los ríos nunca habían salido de sus cauces, sino que habían llevado sus aguas libremente hacia el mar. Leyes fijas habían mantenido las aguas dentro de sus límites naturales. Pero estos razonadores no reconocían la mano del que había detenido las aguas diciendo: “Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante”. Job 38:11. {PP 74.2; PP.96.3}

A medida que transcurría el tiempo sin ningún cambio visible en la naturaleza, los hombres cuyo corazón a veces había temblado de temor comenzaron a tranquilizarse. Razonaron, como muchos lo hacen hoy, que la naturaleza está por encima del Dios de la naturaleza, y que sus leyes están tan firmemente establecidas que el mismo Dios no podría cambiarlas. Alegando que si el mensaje de Noé fuera correcto, la naturaleza tendría que cambiar su curso, hicieron que ese mensaje apareciera ante el mundo como un error, como un gran engaño. Demostraron su desdén por la amonestación de Dios haciendo exactamente las mismas cosas que habían hecho antes de recibir la advertencia. Continuaron sus fiestas y glotonerías; siguieron comiendo y bebiendo, plantando y edificando, haciendo planes con referencia a beneficios que esperaban obtener en el futuro; y se hundieron más profundamente en la impiedad y el obstinado menosprecio de los requerimientos de Dios, para mostrar que no temían al Ser infinito. Afirmaban que, si fuera cierto lo que Noé había dicho, los hombres de fama, los sabios, los prudentes y los grandes lo habrían comprendido. {PP 74.3; PP.97.1}

Si los antediluvianos hubieran creído la advertencia y se hubiesen arrepentido de sus obras impías, el Señor habría desistido de su ira, como lo hizo más tarde con Nínive. Pero con su obstinada resistencia a los reproches de la conciencia y a las advertencias del profeta de Dios, aquella generación llenó la copa de su iniquidad y maduró para la destrucción. Su tiempo de gracia estaba a punto de concluir. Noé había seguido fielmente las instrucciones que había recibido de Dios. El arca se terminó en todos sus aspectos como Dios lo había mandado, y fue provista de alimentos para los hombres y las bestias. Y entonces el siervo de Dios dirigió su última y solemne súplica a la gente. Con anhelo indecible, les rogó que buscaran refugio mientras era posible encontrarlo. Nuevamente rechazaron sus palabras, y alzaron sus voces en son de burla y de mofa. {PP 74.4; PP.97.2}

De repente reinó el silencio entre aquella multitud escarnecedora. Animales de toda especie, desde los más feroces hasta los más mansos, se veían venir de las montañas y los bosques, y dirigirse tranquilamente hacia el arca. Se oyó un ruido como de un fuerte viento, y he aquí los pájaros que venían de todas direcciones en tal cantidad que oscurecieron los cielos, y entraban en el arca en perfecto orden. Los animales obedecían la palabra de Dios, mientras que los hombres la desobedecían. Dirigidos por santos ángeles, “de dos en dos entraron con Noé en el arca”, y los animales limpios de “siete en siete”. Génesis 7:9, 2. {PP 75.1; PP.97.3}

El mundo miraba maravillado, algunos hasta con temor. Llamaron a los filósofos para que explicaran aquel singular suceso, pero fue en vano. Era un misterio que no podían comprender. Pero los corazones de los hombres se habían endurecido tanto, al rechazar obstinadamente la luz, que aún esta escena no les produjo más que una impresión pasajera. La raza condenada contemplaba el sol en toda su gloria y la tierra revestida casi de la belleza del Edén, y ahuyentó sus crecientes temores mediante ruidosas diversiones; y mediante actos de violencia pareció atraer sobre sí la ya despierta ira de Dios. {PP 75.2; PP.97.3}

Dios mandó a Noé: “Entra tú y toda tu familia en el arca, porque solo a ti he visto justo delante de mí en esta generación”. Génesis 7:1. Las advertencias de Noé habían sido rechazadas por el mundo, pero su influencia y su ejemplo habían sido una bendición para su familia. Como premio por su fidelidad e integridad, Dios salvó con él a todos los miembros de su familia. ¡Qué estímulo para la fidelidad de los padres! {PP 75.3; PP.98.1}

La misericordia dejó de suplicar a la raza culpable. Las bestias de los campos y las aves del aire habían entrado en su refugio. Noé y su familia estaban en el arca; “y Jehová le cerró la puerta”. vers. 16. Se vio un relámpago deslumbrante, y una nube de gloria más vívida que el relámpago descendió del cielo para cernerse ante la entrada del arca. La maciza puerta, que no podían cerrar los que estaban dentro, fue puesta lentamente en su sitio por manos invisibles. Noé quedó adentro y los que habían desechado la misericordia de Dios quedaron afuera. El sello del cielo fue puesto sobre la puerta; Dios la había cerrado, y solamente Dios podía abrirla. Asimismo, cuando Cristo deje de interceder por los hombres culpables, antes de su venida en las nubes del cielo, la puerta de la misericordia será cerrada. Entonces la gracia divina ya no refrenará más a los impíos, y Satanás tendrá dominio absoluto sobre los que hayan rechazado la misericordia divina. Pugnarán ellos por destruir al pueblo de Dios; pero, así como Noé fue guardado en el arca, los justos serán escudados por el poder divino. {PP 75.4; PP.98.2}

Durante siete días después de que Noé y su familia habían entrado en el arca, no aparecieron señales de la inminente tempestad. Durante ese tiempo se probó su fe. Fue un momento de triunfo para el mundo exterior. La aparente tardanza confirmaba la creencia de que el mensaje de Noé era un error y que el diluvio no ocurriría. A pesar de las solemnes escenas que habían presenciado, al ver cómo las bestias y las aves entraban en el arca, y el ángel de Dios cerraba la puerta, continuaron las burlas y orgías, y hasta se mofaron los hombres de las manifiestas señales del poder de Dios. Se reunieron en multitudes alrededor del arca para ridiculizar a sus ocupantes con una audacia violenta que no se habían atrevido a manifestar antes. {PP 76.1; PP.98.3}

Pero al octavo día oscuros nubarrones cubrieron los cielos. Y comenzó el estallido de los truenos y el centellear de los relámpagos. Pronto grandes gotas de agua comenzaron a caer. Nunca había presenciado el mundo cosa semejante y el temor se apoderó del corazón de los hombres. Todos se preguntaban secretamente: “¿Será posible que Noé tuviera razón y que el mundo se halle condenado a la destrucción?” El cielo se oscurecía cada vez más y la lluvia caía más aprisa. Las bestias rondaban presas de terror, y sus discordantes aullidos parecían lamentar su propio destino y la suerte del hombre. Entonces “fueron rotas todas las fuentes del gran abismo y abiertas las cataratas de los cielos”. Vers. 11. El agua se veía caer de las nubes cual enormes cataratas. Los ríos se salieron de madre e inundaron los valles. Torrentes de aguas brotaban de la tierra con fuerza indescriptible, arrojando al aire, a decenas de metros, macizas rocas, que al caer se sepultaban profundamente en el suelo. {PP 76.2; PP.99.1}

La gente presenció primeramente la destrucción de las obras de sus manos. Sus espléndidos edificios, sus bellos jardines y alamedas donde habían colocado sus ídolos, fueron destruidos por los rayos, y sus escombros fueron diseminados. Los altares donde habían ofrecido sacrificios humanos fueron destruidos, y los adoradores temblaron ante el poder del Dios viviente, y comprendieron que había sido su corrupción e idolatría lo que había provocado su destrucción. {PP 77.1; PP.99.2}

A medida que la violencia de la tempestad aumentaba, árboles, edificios, rocas y tierra eran lanzados en todas direcciones. El terror de los hombres y los animales era indescriptible. Por encima del rugido de la tempestad podían escucharse los lamentos de un pueblo que había despreciado la autoridad de Dios. El mismo Satanás, obligado a permanecer en medio de los revueltos elementos, temió por su propia existencia. Se había deleitado en dominar tan poderosa raza, y deseaba que los hombres viviesen para que siguieran practicando sus abominaciones y rebelándose contra el Rey del cielo. Ahora lanzaba maldiciones contra Dios, culpándolo de injusticia y de crueldad. Muchos, como Satanás, blasfemaban contra Dios, y si hubieran podido, le habrían arrojado del trono de su poder. Otros, locos de terror, extendían las manos hacia el arca, implorando que les permitieran entrar. Pero sus súplicas fueron vanas. Su conciencia despertó, por fin, y se convencieron de que hay un Dios en los cielos que lo gobierna todo. Lo invocaron con fervor, pero los oídos del Creador no escuchaban sus súplicas. {PP 77.2; PP.99.3}

En aquella terrible hora vieron que la transgresión de la ley de Dios había ocasionado su ruina. Pero, si bien por temor al castigo reconocían su pecado, no sentían verdadero arrepentimiento ni verdadera repugnancia hacia el mal. Habrían vuelto a su desafío contra el cielo, si se les hubiera librado del castigo. Así también cuando los juicios de Dios caigan sobre la tierra antes del diluvio de fuego, los impíos sabrán exactamente en

que consiste su pecado: en haber menospreciado su santa ley. Sin embargo, su arrepentimiento no será más genuino que el de los pecadores del mundo antiguo. {PP 77.3; PP.99.3}

Algunos, en su desesperación, trataron de romper el arca para entrar en ella; pero su firme estructura soportó todos estos intentos. Otros se asieron del arca hasta que fueron arrancados de ella por las embravecidas aguas o por los choques con las rocas y los árboles. Todas las fibras de la maciza arca temblaban cuando era golpeada por los vientos inmisericordes, y una ola la arrojaba a la otra. Los rugidos de los animales que estaban dentro del arca expresaban su miedo y dolor. Pero en medio de los revueltos elementos el arca continuaba flotando con toda seguridad. Ángeles muy poderosos habían sido enviados para protegerla. {PP 77.4; PP.100.1}

Los animales expuestos a la tempestad corrían hacia los hombres, como si esperaran ayuda de ellos. Algunas personas se ataron, juntamente con sus hijos en los lomos de poderosos animales, sabiendo que estos eran tenaces para conservar la vida, y que subirían a los picos más altos para escapar de las crecientes aguas. Otros se ataron a altos árboles en la cumbre de las colinas o las montañas; pero los árboles fueron desarraigados, y juntamente con su cargamento de seres vivientes fueron lanzados a las bullentes olas. Sitio tras sitio que prometía seguridad era abandonado. A medida que las aguas subían más y más, la gente huía a las más elevadas montañas en busca de refugio. En muchos lugares podía verse a hombres y animales que luchaban por asentar pie en un mismo sitio hasta que al fin unos y otros eran barridos por la furia de los elementos. {PP 78.1; PP.100.2}

Desde las cimas más altas, los hombres contemplaban un enorme océano sin playas. Las solemnes amonestaciones del siervo de Dios ya no eran objeto de ridículo y mofa. ¡Cuánto habrían deseado estos pecadores condenados a morir que se les volviera a deparar la oportunidad que habían menospreciado! ¡Cómo imploraban que se les diera una hora más de gracia, otra manifestación de misericordia, otra invitación de labios de Noé! Pero ya no habían de oír la dulce voz de misericordia. El amor, no menos que la justicia, exigía que los juicios de Dios pusieran término al pecado. Las aguas vengadoras barrieron el último refugio, y los que habían despreciado a Dios perecieron finalmente en las oscuras profundidades. {PP 78.2; PP.100.3}

“Por la palabra de Dios los cielos y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua. Pero los cielos y la tierra que existen ahora están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos”. 2 Pedro 3:5-7. Otra tempestad se aproxima ahora. La tierra será otra vez barrida por la asoladora ira de Dios, y el pecado y los pecadores serán destruidos. {PP 78.3; PP.101.1}

Los pecados que acarrearón la venganza sobre el mundo antediluviano, existen hoy. El temor de Dios ha desaparecido de los corazones de los hombres, y su ley se trata con indiferencia y desdén. La intensa mundanalidad de aquella generación es igualada por la de la presente. Cristo dijo: “Pues como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del hombre”. Mateo 24:38, 39. {PP 78.4; PP.101.2}

Dios no condenó a los antediluvianos porque comían y bebían; les había dado los frutos de la tierra en gran abundancia para satisfacer sus necesidades materiales. Su pecado consistió en que tomaron estos regalos sin ninguna gratitud hacia el Dador, y se rebajaron entregándose desenfrenadamente a la glotonería. Era lícito que se casaran. El matrimonio formaba parte del plan de Dios; fue una de las primeras instituciones que él estableció. Dio instrucciones especiales tocante a esta institución, revistiéndola de santidad y belleza; pero estas instrucciones fueron olvidadas y el matrimonio fue pervertido y puesto al servicio de las pasiones humanas. {PP 79.1; PP.101.2}

Condiciones semejantes prevalecen hoy día. Lo que es lícito en sí es llevado al exceso. Se complace al apetito sin restricción. Hoy muchos de los que profesan ser cristianos comen y beben en compañía de los borrachos mientras sus nombres aparecen en las listas de honor de las iglesias. La intemperancia entorpece las facultades morales y espirituales, y prepara el dominio de las pasiones bajas. Multitudes de personas no sienten la obligación moral de dominar sus apetitos sensuales y se vuelven esclavos de la concupiscencia. {PP 79.2; PP.101.3}

Los hombres viven para satisfacer el placer de los sentidos; únicamente para este mundo y para esta vida. El despilfarro prevalece en todos los círculos sociales. La integridad se sacrifica en aras del lujo y la ostentación. Los que quieren enriquecerse rápidamente corrompen la justicia y oprimen a los pobres; y todavía se compran y venden “siervos, y las almas de los hombres”. El engaño, el soborno y el robo se cometen libremente entre humildes y encumbrados. La prensa abunda en noticias de asesinatos y crímenes ejecutados a sangre fría y sin causa, que parecería que todo instinto de humanidad hubiera desaparecido. Estos crímenes atroces son hoy día sucesos tan comunes que apenas motivan un comentario o causan sorpresa. El espíritu de anarquía está penetrando en todas las naciones, y los disturbios que de vez en cuando excitan el horror del mundo, no son sino señales de los reprimidos fuegos de las pasiones y de la maldad que, una vez que escapen al dominio de las leyes, llenarán el mundo de miseria y de desolación. {PP 79.3; PP.101.3}

El cuadro del mundo antediluviano que registra la inspiración representa con fiel veracidad una copia de la condición a la que la sociedad moderna está llegando rápidamente. Ahora mismo, en el presente siglo, y en países que se llaman cristianos, se cometen diariamente crímenes tan negros y atroces, como aquellos por los cuales los pecadores del antiguo mundo fueron destruidos. {PP 79.4; PP.101.3}

Antes del diluvio, Dios mandó a Noé a dar aviso al mundo, para que los hombres fueran llevados al arrepentimiento, y para que así escaparan a la destrucción. A medida que se aproxima el momento de la segunda venida de Cristo, el Señor envía a sus Siervos al mundo con una amonestación para que los hombres se preparen para ese gran acontecimiento. Multitudes de personas han vivido violando la ley de Dios, y ahora, con toda misericordia, las llama para que obedezcan sus sagrados preceptos. A todos los que abandonen sus pecados mediante el arrepentimiento para con Dios y la fe en Cristo, se les ofrece perdón. Pero muchos creen que renunciar al pecado es hacer un sacrificio demasiado grande. Porque su vida no está en armonía con los principios puros del gobierno moral de Dios, rechazan sus amonestaciones y niegan la autoridad de su ley. {PP 80.1; PP.102.1}

Solamente ocho almas de la enorme población antediluviana creyeron y obedecieron la palabra que Dios les habló por labios de Noé. Durante ciento veinte años el predicador de la justicia amonestó al mundo acerca de la destrucción que se aproximaba; pero su mensaje fue desechado y despreciado. Lo mismo sucederá ahora. Antes de que el Legislador venga a castigar a los desobedientes, exhorta a los transgresores a que se arrepientan y vuelvan a su lealtad; pero para la mayoría estas advertencias serán vanas. {PP 80.2; PP.102.2}

Dice el apóstol Pedro: “En los últimos días vendrán burladores, andando según sus propias pasiones y diciendo: “¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación””. 2 Pedro 3:3, 4. ¿No oímos repetir hoy estas mismas palabras, no solo por los impíos, sino también por muchos que ocupan los púlpitos en nuestra tierra? “No hay motivo de alarma -dicen-. Antes de que venga Cristo, se ha de convertir el mundo entero, y la justicia ha de reinar durante mil años. ¡Paz, paz! Todo permanece así como desde el principio. Que nadie se angustie por el inquietante mensaje de esos alarmistas”. {PP 80.3; PP.102.2}

Pero esta doctrina del milenario no está en armonía con las enseñanzas de Cristo y de los apóstoles. Jesús hizo esta pregunta significativa: “Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿hallará fe en la tierra?” Lucas 18:8. Como hemos visto, él manifiesta que el estado del mundo será como en los días de Noé. San Pablo nos recuerda que la impiedad aumentará a medida que se acerque el fin: “Pero el Espíritu dice claramente que, en los

últimos tiempos, algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios”. 1 Timoteo 4:1. El apóstol dice que “en los últimos días vendrán tiempos peligrosos”. 2 Timoteo 3:1. Y nos da una tremenda lista de pecados que se notarían entre quienes tendrían apariencia de piedad. {PP 80.4; PP.102.2}

Mientras que su tiempo de gracia estaba concluyendo, los antediluvianos se entregaban a una vida agitada de diversiones y festividades. Los que poseían influencia y poder se empeñaban en distraer la atención del pueblo con alegrías y placeres para que ninguno se dejara impresionar por la última solemne advertencia. ¿No vemos repetirse lo mismo hoy? Mientras los siervos de Dios proclaman que el fin de todas las cosas se aproxima, el mundo va en pos de los placeres y las diversiones. Hay constantemente abundancia de excitaciones que causan indiferencia hacia Dios e impiden que la gente sea impresionada por las únicas verdades que podrían salvarla de la destrucción que se avecina. {PP 81.1; PP.103.1}

En los días de Noé, los filósofos declararon que era imposible que el mundo fuera destruido por el agua; asimismo hay ahora hombres de ciencia que tratan de probar que el mundo no puede ser destruido por fuego, que esto es incompatible con las leyes naturales. Pero el Dios de la naturaleza, el que creó las leyes y las controla, puede usar las obras de sus manos para que sirvan a sus fines. {PP 81.2; PP.103.2}

Cuando los grandes sabios habían probado a su entera satisfacción que era imposible que el mundo fuera destruido por agua, cuando los temores del pueblo se habían tranquilizado, cuando todos consideraban que la profecía de Noé era un engaño, y le llamaban fanático, entonces llegó la hora de Dios. “Fueron rotas todas las fuentes del gran abismo y abiertas las cataratas de los cielos” (Génesis 7:11), y los burladores sucumbieron en las aguas del diluvio. Con toda su jactanciosa filosofía, los hombres descubrieron muy tarde que su sabiduría era necedad, que el Legislador es superior a las leyes de la naturaleza, y que a la Omnipotencia no le faltan medios para alcanzar sus fines. {PP 81.3; PP.103.3}

“Como fue en los días de Noé [...]. Así será el día en que el Hijo del hombre se manifieste”. “Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche. Entonces los cielos pasarán con gran estruendo, los elementos ardiendo serán deshechos y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas”. Lucas 17:26, 30; 2 Pedro 3:10. Cuando los razonamientos de la filosofía hayan desterrado el temor a los juicios de Dios; cuando los maestros de la religión nos hablen de largos siglos de paz y prosperidad, y el mundo se dedique por completo a sus negocios y placeres, a plantar y edificar, a fiestas y diversiones, y desechando las amonestaciones de Dios, se burle de sus mensajeros, “entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, [...] y no escaparán”. 1 Tesalonicenses 5:3. {PP 81.4; PP.103.3}

Testimonios para la Iglesia - Tomo 9, página 38.

Recuerden los miembros de la iglesia que el solo hecho de tener sus nombres escritos en un registro no bastará para salvarlos; deben ser aprobados por Dios como obreros que no tengan de qué avergonzarse. Día tras día, deben edificar su carácter conforme a las instrucciones divinas. Deben morar en él y ejercer constantemente fe en él. Así crecerán hasta alcanzar la estatura perfecta de hombres y mujeres en Jesucristo; serán cristianos sanos, animosos, agradecidos, conducidos por Dios en una luz siempre más pura. Si su vida no es tal, se encontrarán un día entre quienes exhalarán esta amarga lamentación: “¿Pasó la siega, terminó el verano, y mi alma no se salvó! ¿Por qué no busqué un refugio en la Fortaleza? ¿Por qué jugué con la salvación de mi alma y desprecié al Espíritu de gracia?” {9TI 38.5; 9T.48.1}

Zacarías 3:8-10

Escucha pues, ahora, Josué sumo sacerdote, tú y tus compañeros que se sientan delante de ti; porque [son] varones admirables: He aquí, yo traigo a mi siervo, el Renuevo. 9 Porque he aquí aquella piedra que puse delante de Josué; sobre esta única piedra [hay] siete ojos; he aquí, yo grabaré su escultura, dice Jehová de los ejércitos, y quitaré el pecado de la tierra en un día. 10 En aquel día, dice Jehová de los ejércitos, cada uno de vosotros llamará a su compañero debajo de la vid, y debajo de la higuera.

Zacarías 1:1-6

1 En el mes octavo, en el año segundo de Darío, vino palabra de Jehová a Zacarías profeta, hijo de Berequías, hijo de Iddo, diciendo: 2 Jehová está muy enojado contra vuestros padres. 3 Por tanto, diles: Así dice Jehová de los ejércitos: Volveos a mí, dice Jehová de los ejércitos, y yo me volveré a vosotros, dice Jehová de los ejércitos. 4 No seáis como vuestros padres, a los cuales hablaron los primeros profetas, diciendo: Así dice Jehová de los ejércitos: Volveos ahora de vuestros malos caminos, y [de] vuestras malas obras; pero no atendieron, ni me escucharon, dice Jehová. 5 Vuestros padres, ¿dónde están? y los profetas ¿han de vivir para siempre? 6 Pero mis palabras y mis ordenanzas que mandé a mis siervos los profetas, ¿no alcanzaron a vuestros padres? Por eso se volvieron ellos y dijeron: Así como Jehová de los ejércitos pensó hacer con nosotros conforme a nuestros caminos y conforme a nuestras obras, así ha hecho con nosotros.

HIMNARIO ADVENTISTA

Himno N° 090 - Hubo Uno que quiso

1

Hubo Uno que quiso por mí padecer
y morir, por mi alma salvar;
el camino cruento a la cruz recorrer,

para así mis pecados lavar.

Coro

¡En la cruz, en la cruz mis pecados clavó!
¡Cuánto quiso por mí padecer!
Con angustia a la cruz fue el benigno Jesús,
y en su cuerpo mis culpas llevó.

2

Él es todo ternura y amor para mí,
mi alma impura su sangre lavó;
ya no hay condenación, libre soy, yo lo sé;
mi pecado en la cruz él clavó.

3

Me atendré al Maestro, jamás dejaré
el sendero que él mismo trazó,
y mis labios y mi alma alzarán su canción,
pues él todas mis culpas quitó.

Himno N° 402 - Hoy me llama el mundo en vano

1

Hoy me llama el mundo en vano,
quiero ser cual Cristo;
ya no sirvo a lo mundano,
quiero ser cual Cristo.

Coro

¡Ser como él de corazón!,
es mí sola aspiración;
en cualquiera condición
quiero ser cual Cristo.

2

Mis cadenas Cristo ha roto,
quiero ser cual Cristo;
su servicio haré, devoto,
quiero ser cual Cristo.

3

Ya que al cielo él va a llevarme,
quiero ser cual Cristo;
que él un premio pueda darme,
quiero ser cual Cristo.